

# UNA ESTATUA PARA ENRIQUE MARTINEZ SOBRAL

## AUTOR DE LA REFORMA MONETARIA Y BANCARIA DE GUATEMALA DE 1924-26

**VIRGILIO RODRIGUEZ BETETA**  
Historiador guatemalteco.

*Es tan sólida la situación del quetzal —dijo el Presidente del Banco de Guatemala— que ha resistido los embates de cuarenta años, caso único en América.*

Creo que es en el frontis del apacible cementerio antigüeño donde está escrita la leyenda de que la vida de los muertos reside en el recuerdo de los vivos. Pues con tanto o mayor razón se puede decir que la vida del civismo de un pueblo radica en el culto que se profesa a sus grandes hombres "que han sido", ya se trate de artistas, de hombres de pensamiento, estadistas, etcétera. Pueblo desmemoriado en esta línea es pueblo sin redención.

Y esto ocurre entre nosotros, donde se cumple mejor que en ninguna parte, según parece, el dicho aquel tan pedestre de "el muerto al hoyo y el vivo al bollo". Entre nosotros dijérase que la muerte fuera mayor triunfo en los que aún quedan vivos y que en cada muerto viéramos un competidor menos. Y por eso tenemos tan especial cuidado de acudir a los entierros, porque, cumplido este "trámite" social ya podemos quedarnos tranquilos en casita, confortablemente reanudando nuestra comodona vida cotidiana.

Y digo estas cosas funerarias a propósito de un gran muerto ilustre desaparecido desde hace ya más de quince años, con quien Guatemala tiene una deuda de gratitud impagable, y que sin embargo se la ha pagado en la forma acostumbrada con el olvido eterno. ¿Qué más puede desear un muerto sino que se le olvide para siempre? Es el camino más fácil y sencillo de cruzar este valle de lágrimas: olvidarnos de los muertos, por ilustres que hayan sido y por más que hayan rendido a la patria supremos beneficios. Es la manera fácil y sencilla de restregarnos la carroña molestísima de nuestra fundamental envidia y nuestro menosprecio por los que han valido más que nosotros.

En el presente caso se trata de Enrique Martínez Sobral. Excepto una tesis que un entusiasta admirador estudiante dedicó a su memoria, no he visto nombrar con el brillo que se merece este nombre. Para más, México, donde vivió largos años en el destierro,

lo ha honrado, dándole su nombre a una de sus más suntuosas aulas universitarias, fuera de los honores que recibiera en vida, como el de haber sido brazo derecho del gran Ministro de Hacienda don José Ives Limantour (que en el ostracismo, a la caída de don Porfirio, llegó a ocupar la presidencia del Banco de Francia), y haberlo nombrado el gobierno de don Porfirio delegado varias veces a sonoras asambleas financieras del extranjero. Pero cuando vino a Guatemala (ya explicaré por qué insólitas circunstancias) fue para hacer el arreglo monetario y bancario, tras 25 años de haber vivido ésta bajo el régimen del curso forzoso de los billetes de banco inconvertibles, fundar el Banco Central de Guatemala, que fue el motor llamado a mover la nueva maquinaria de la colosal reforma económica operada y poner la nueva moneda, "el Quetzal", sobre tan firmes rieles que de ella acaba de decir un diario estadounidense The Latin American Times, refiriéndose a la entrevista que celebrara con el licenciado Pérez Galiano, Presidente del Banco de Guatemala: "El Presidente del Banco de Guatemala, licenciado Arturo Pérez Galiano, dijo a The Latin American Times que el Banco Central hará todo lo posible para que el Quetzal continúe su cuarta década de estabilidad, lo cual constituye un caso único en la América".

¡Caso único en América! Y así es. ¿No valdría la pena entonces honrar la memoria de quien fue capaz de hacer la transformación del billete de banco, que durante más de 23 años no había tenido más valor que el que querían darle los judíos especuladores y el control que sobre ella lograba mantener a duras penas el gobernante licenciado Estrada Cabrera, y lo convirtió en una moneda cuya estabilidad y solidez, a la par del dólar norteamericano y no obstante las serias vicisitudes de nuestra vida política, lleva ya cuarenta años de duras pruebas? Y honrarla a cada paso, cuantas veces se presente la ocasión. Por ejemplo, ahora que el Banco de Guatemala está construyendo el magno edificio del país colocar un busto de bronce sobre un pedestal de mármol, que enseñe a las generaciones futuras quién fue Enrique Martínez Sobral, reformador del sistema monetario y bancario de Guatemala, en el lugar más destacado de la plazuela que seguramente enfrentará a ese edificio.

## Reminiscencias del plan económico de Enrique

Y a propósito, vale la pena hacer algunas reminiscencias sobre esta reforma monetaria y bancaria y sobre la manera cómo se logró la venida de Enrique a Guatemala, entresacándolas de mis apuntes autobiográficos, llamados a ver la luz pública cuando se haya apagado para mí la de este sol que nos alumbró.

Como todo el mundo sabe (me refiero al "mundo" de mi tiempo), Enrique fue más que mi pariente, mi amigo más entrañable. En 1914 se encontraba en Nueva York como apoderado de la casa de los hermanos Madero, puesto a que había sido llamado por éstos a la trágica muerte del Presidente don Francisco I. Madero, derrocador del perpetuo gobierno del general Porfirio Díaz. Durante la breve presidencia de Madero, Enrique había sido el Cónsul de México en Nueva York.

Allí me lo encontré y pudimos reanudar nuestra más que fraternal amistad que databa de Guatemala y de cuando yo era niño. Yo aproveché su presencia para hablarle de mis sueños de reforma bancaria y monetaria de Guatemala, y él me hizo un plan completo que traje a Estrada Cabrera, teniendo cuidado, eso sí, de no decirle el nombre del autor, enemigo a muerte de don Manuel. Este plan que quedó arrumbado a saber en cuál de las muchas gavetas que usaba el gobernante fue el que fundamentalmente resucité en mi ardua campaña en la Asamblea Nacional Legislativa de 1918, a raíz de los terremotos que arruinaron la capital. La Asamblea, tras largas discusiones, acabó por aprobar mi plan, que puede leerse en las páginas del Diario de Centro América en la Hemeroteca Nacional. Fue en esa campaña, según lo escribí en vida del gran patriota licenciado Bernardo Alvarado Tello, cuando éste, sin poder contenerse y bajando de su asiento, llegó hasta mí y entre un gran abrazo me dijo: "Virgilio, está usted al frente de todos nosotros". Sin embargo, don Manuel, a pesar de que se vio constreñido a ponerle al decreto aprobatorio de la Asamblea el "ejecútese y publíquese" que entonces se usaba al sancionar los decretos, nunca lo quiso llevar a la práctica. Y ese proyecto, ¿quién iba a figurárselo?, es el mismo, en el fondo, que me había dado Enrique en Nueva York en 1914, el que vino a desarrollar en 1924 y el mismo que hasta ahora funciona.

Para no alargar más este artículo dejo su conclusión para uno próximo, en que contaré la manera casual o providencial cómo logré traerme a Enrique a Guatemala, y publicaré su carta póstuma, que me escribió en un Hospital de Texas, veinticinco años después, y que, puede considerarse su testamento financiero, en que me explica las razones por qué no hay que devaluar el Quetzal.

### Cómo se logró la venida de Enrique

Era el año de 1923 y yo tenía que salir de nuevo

para México a completar los trabajos de conexiones periodísticas que me había encomendado el Dr. Walter Williams, presidente de la Universidad de Missouri y del Press Congress of the World. Al efecto me había llevado 25 distinguidos periodistas centroamericanos a tomar parte en el Congreso de la Prensa de los Estados Mexicanos, que tuvo lugar en Mérida, la capital de Yucatán. El Presidente de la República, General José María Orellana y su Ministro de Relaciones Exteriores, mi siempre gran amigo Adrián Recinos, me había dado empeñosamente el encargo de hacer cuanto fuera posible para traerme a Enrique. Cuando salí de México para Yucatán ya casi me había convencido de que éste no aceptaría jamás regresar a Guatemala. Había sido extrañado muy joven por una tiranía y temía que recayéramos en otra. Pero al regresar de Yucatán, una circunstancia imprevista (providencial para el encargo que llevaba, puedo decir) se puso de mi parte. Fue el estallido de la penúltima revolución mexicana, penúltima en el larguísimo proceso que se inició con el asesinato de Madero, siguió con el de don Venustiano Carranza y continuó con los de Pancho Villa, Obregón, etcétera. Esta era la revolución que don Adolfo de la Huerta, Ministro de Hacienda, armaba contra Obregón, por el empeño de éste en hacer triunfar la candidatura de Calles. Y cada vez que estallaba una revolución, Enrique, que con el mal endémico de las revoluciones inacabables, se sentía acometido de pronto de una aguda e irremediable neurastenia, se metía en cama, y como un niño caprichoso, nada ni nadie lo hacía salir de ella.

Una mañana me hallaba yo en mi Hotel cuando sonó mi teléfono. Era María, María Beteta de la Peña, esposa de Enrique y adorable mujer bajo todos conceptos, por su belleza, su bondad, sus virtudes impecables y su inteligencia. Me llamaba para que fuera a su casa, que prácticamente era donde yo me mantenía, para tratar de sacar a Enrique de la cama. Sólo yo podía hacer el milagro. Me vestía apresuradamente y me disponía a ir a ejercer de médico ante Enrique, cuando sonó de nuevo el teléfono. Esta vez era Enrique en persona, quien con la voz un tanto alterada me espetó a boca de jarro la gran noticia: "Virgilio, pónle un cablegrama a Orellana diciéndole que acepto". Y así fue como Enrique Martínez Sobral volvió a Guatemala tras veintitantos años de exilio, a hacer la reforma económica, con la cual contradujo lo que un diario parisiense acababa de publicar: que sin un empréstito extranjero considerable era imposible arreglar situaciones tan endiabladas como la que confrontaba Guatemala, opinión inspirada sin duda en las del famoso economista norteamericano Mr. Kemerer, quien había venido un año antes a estudiar y darle vueltas y revueltas a nuestra situación.

Hay que citar los nombres de los que colaboraron principalmente con Enrique: en primer lugar, don Felipe R. Solares, primer Ministro de Hacienda de Orellana, y quien fundó la Caja Reguladora, sin la que hubiera sido muy difícil la paulatina y total conversión en oro de la moneda. Luego, el licenciado Carlos O. Zachrisson, tercer Ministro de Hacienda del Presidente

Orellana que se había visto obligado a sustituir a su segundo accidental Ministro de Hacienda, el Ingeniero don Salvador Herrera Luna, quien disenta en algunos detalles del tipo de cambio que debería fijárseles a los billetes de los antiguos bancos él quería que se fijara el 63 y Martínez Sobral estaba firme en que debería ser el 60. El director del Diario de Guatemala, el famoso periodista hondureño don Julián López Pineda, que desde luego me abrió de par en par las puertas de su periódico para que pudiera escribir unos veinticinco o treinta artículos editoriales para cooperar con los planes de Enrique Y sobre todo el Presidente Orellana, quien puso toda su indeclinable decisión al servicio del arreglo monetario, y su Ministro de Relaciones licenciado Adrián Recinos, que con no menos fervor se empeñó en la venida de Enrique, a quien había tratado en Estados Unidos y de cuyos conocimientos profundos, especialmente en las materias de su especialización, tenía el más alto concepto

Y ahora, para cerrar estos dos artículos, véase la última carta que me escribió Enrique, veintitrés años más tarde, desde Estados Unidos, acabando de salir de un Hospital y contestando a la pregunta que yo le hice sobre la conveniencia o inconveniencia de la devaluación del "quetzal". Respondía yo, a mi vez, a una pregunta que me había dirigido a Colombia, en donde yo estaba de Embajador, el entonces Ministro de Relaciones Exteriores, licenciado Ismael González Arévalo Parece que algo se había hablado en el gobierno sobre la conveniencia de devaluar "el quetzal". Yo le pregunté a Enrique, y él me contestó en su última misiva, de su puño y letra, lo siguiente, que debe considerarse como su testamento en la materia, ya que fue su última carta La última!, pues a poco recibí la infame nueva de su muerte

"3205 Perhing Drive  
El Paso, Tex — Dic. 10 de 1949.

Querido Virgilio

Tu carta y tus dos postales llegaron a mis manos, cuando me encontraba en el Hospital, en el que estuve 50 días, restableciéndome de un ataque pulmonar, que por poquito me mata el 11 de Octubre. Ahora estoy ya en mi casa, y creo que para el 1º de Enero de 1950, volveré a mi oficina He aquí por qué no puedo ir a Cartagena, a la deliciosa junta de familia, para lo cual me invitas. Cuando ella se verifique, dá un abrazo, en mi nombre, a todos y cada uno de los presentes, y recíbelo tú también.

"Aunque hace 20 años que estoy apartado de los estudios económicos, puedo decirte algo acerca de la descabellada idea de "devaluar" el quetzal guatemalteco.

"Los países que han devaluado su moneda, se

encuentran en circunstancias monetarias muy distintas de las nuestras. En realidad, tales países no han "devaluado" sus monedas, sino que han sufrido la *depreciación de su papel moneda*, catástrofe que han querido disimular por medio de una expresión que recuerda el "con qué gracia se cae", aplicado a don Alejo cuando lo botó el caballo en las fiestas de Santa Cecilia, según nuestro Poeta. (1)

"Por lo tanto, los ejemplos de Inglaterra, de México, etc, no pueden aplicarse a Guatemala, que es uno de los pocos países del mundo que tiene la gloria y la fortuna de no estar bajo el régimen del papel moneda

"Basta lo anterior para que comprendas lo temporáneo de la idea de cambiar la base de nuestro sistema monetario, sólo por seguir el ejemplo de aquellos a quienes ha botado el caballo

"Te abraza con afecto tu hermano, (f) Enrique.

\*\*\*

Y es por todo ello que pido una estatua para Enrique Martínez Sobral por sus acrisoladas virtudes de hombre y de ciudadano y sus profundos conocimientos en toda clase de materias, especialmente en las de su devoción, que fueron las literarias y, por contraste, las financieras, a las cuales consagró su vida durante sus largos años de ostracismo. Una estatua para el autor de una reforma económica, monetaria y bancaria que según lo acaba de decir el Presidente del Banco de Guatemala, es única en América. Una estatua, en fin, para un hombre de nuestra Guatemala, que fue en su vida pública y privada un perfecto *santo laico* de las Américas

(1) Con Enrique nos hablábamos en Pepe Batres, por la razón de que éste se presta admirablemente con sus versos a interpretar y sintetizar las situaciones de la vida corriente más raras y difíciles. Y aunque es un deber de todo guatemalteco no analfabeto haber leído y conocer esos inimitables versos, traslado aquí el trozo de El Reloj y a que se refiere Enrique en su carta:

Aunque se hacía el alazán pedazos  
guardaba don Alejo los arzones,  
hasta que al repetí los cañonazos,  
no pudiendo sufrir los empellones  
soltó las riendas y alargó los brazos;  
y mostrando el revés de sus calzones  
cayó haciendo a la noble concurrencia  
una inversa y profunda reverencia

Muy lejos de burlar al caballero  
por aquella ridícula aventura,  
decían: ¡Qué valiente! ¡Qué ligero!  
¡Con qué gracias se cae! ¡Qué soltura!  
El aura popular con un guerrero  
hace siempre lo mismo y transfigura  
cualquier ardid que le sugiere el miedo  
en *estrategia, táctica y deuteo.*